

LA FERTILIA.

Suplemento al Nacional, de literatura y de artes.

10 cts.

DOMINGO 1.º DE FEBRERO DE 1852.

En *La Opinión Pública*, periódico de la corte, leemos el siguiente artículo:

Las calabazas.

No os cause pavora, lectores nuestros, el epigrafe de este artículo.

No sonríais, lectoras, maliciosamente á la simple enunciaci3n de nuestro pensamiento.

Dominad los primeros vuestro sistema nervioso, y no permitais que se pronuncien los 3rganos de vuestra susceptibilidad.

Apreciad, las segundas, las consecuencias, funestas muchas veces, de vuestros fallos, el n3mero de v3ctimas inmoladas en aras de la vanidad, y no podreis menos de comprimir los impetus de vuestro orgullo.

Claro est3 que no es nuestro 3nimo ocuparnos de las plantas que se conocen con aquel nombre, 3nuas y *rastreras*, como las llama la Academia, de luengos tallos, de anchas hojas, redondas y horizontales, cuyas flores son amarillas, y cuyo fruto, grande, redondo, oval 3 largo, conocian los romanos con el nombre de *curcubita pepo*.

Refiero la f3bula que las ubas y las casta3as constituian la delicia de Amarilis; pero desafiamos al hombre de mas paciencia 3 que nos designe una sola persona *decente* que haya sido partidaria de las *calabazas*, fruta insipida, desagradable al paladar y, en fin, *rastrera* como la llama la Academia.

Si se exceptu3 3 los fondistas y 3 algunas amas de hu3spedes que, en la estacion que las produce, hacen su negocio, presentando 3 sus v3ctimas lo que se conoce con el nombre de *platos de viso*, importacion extranjera y anti-suculenta, en que la visua-

lidad es el todo, y la realidad una mentira; si se exceptua, repetimos, 3 esos dos tipos de la sociedad, que la atormentan con su m3todo diet3tico y sus razones de ilusi3n, no se hallar3 una sola persona que abogue por que se generalice el uso de tan desahrida planta.

Pero volvemos 3 decir que es mas alto el fin que nos proponemos, y que abandonamos al buen juicio de las personas de gusto el que resuelvan, en uno 3 otro sentido, la cuesti3n perteneciente 3 dicha fruta. Pasemos adelante.

Nadie ignora lo que en el lenguaje usual y corriente significa dar y recibir calabazas.

Lo primero esplica un derecho que se ha abrogado constantemente el bello sexo, y respecto del cual desempe3a el papel de persona que hace. Lo segundo significa una triste y poco graciosa eventualidad, 3 que el hombre est3 espuesto, y en la que figura como persona que padece.

En este sentido creemos que las *colabazas* pueden ser perfectamente definidas, lo cual, por otra parte, debe preceder, si ha de consultarse al m3todo, antes de engolfarnos en consideraciones filos3ficas.

Las calabazas, pues, son 3 juicio nuestro, las repulsas mas 3 menos delicadas que, en amor, alcanza al s3xo feo, procedentes del bonito, que no acepta los obsequios que se le ofrecen.

Bajo este punto de vista su origen no es de los que se pierden en la oscuridad de los tiempos, y si bien es verdad que no es f3cil fijar determinadamente la 3poca de su introducci3n, puede asegurarse sin temor de ser desmentidos, que es posterior 3 los tiempos de Ad3n y Eva, nuestros impresio-

nables papás. ¡Bonito adjetivo, de sabor traspirenaico, como diría quien nosotros sabemos!

Y que es posterior á aquellos tiempos no hay quien lo ponga en tela de juicio, sabiendo, como sabemos todos, que *mamá Eva* tomó la iniciativa respecto de *papá Adán*, primer hombre que se dió tono en el mundo despachando *como se pide* el memorial de su pretendiente, linda y juguetona, como puede serlo la mas traviesa de nuestras *pollitas*.

¡Dichosos tiempos los en que la parte conquistaba al todo, pues parte de este todo era *mamá Eva*, formada de una costilla que eliminaron á *papá Adán*, mientras roncaba como un canónigo!

¡Felices tiempos en que estaban tan adormecidos los órganos de la sensibilidad, que podía arrancarse á cualquiera impunemente una muela, una oreja ó una costilla, sin que hiciese el menor estremecimiento!

¡Vaya usted hoy á arrancar al prójimo uno de los pelos del bigote y verá, aunque le cloroforlice, como chilla, jura y pateal!

¡Mucho hemos atrasado con nuestro progreso!

Pero volvamos á las calabazas.

Averiguado, por aproximacion, su origen, cúmplenos examinarlas bajo sus diferentes aspectos, en sus distintas clases y formas.

Nosotros las dividimos en *decorosas*, *manifestas*, *rebozadas* y *en compota*.

Las *calabazas decorosas* son aquellas que reciben los amantes tímidos de la señora de sus pensamientos. Su fórmula es la siguiente:

—¿Está usted triste, don Policarpo?

—Sí señora y algo mas.

—¿Enamorado tal vez?

—Precisamente.

—¡Oh! y ¿quién es la ingrata que le atormenta con sus esquiveces? ¿La ha revelado usted los arcanos de su alma? ¿Conoce toda la intensidad de su pasión?

—No la he dicho una sola palabra.

—Pero ella...

—Ella lo sabe y *no me anima*.

—Será hermosa...

—Tan linda como usted... ojos azules, como los de usted... cabello de oro como el de usted... una boca, tan pequenuela como la de usted. ¡Ah! si quisiera usted tomarse la

molestia de ir hasta aquel espejo, voria á la muger que yo adoro pordidamente.

—Tengo un picaro callo que me lo impido... ¿ha padecido usted alguna vez de los callos?... Yo he sido tan castigada de ellos que ni mi corazon se vé exento de padecerlos... Pero abandone usted esa empresa... Olvide usted á esa muger que no lo ama... Es un amor loco... ¿lo entiendo usted?... muy loco.

Y el pobre don Policarpo se despidió humildemente, y en la escalera se destroza los botones del chaleco, y rompe la cadena del reloj, y se deshace el lazo de la corbata, y se arruga la chorrera y decide

*arrojarse el mancebito
al charco de los atunes*

como dijo el ciudadano Góngora del caballero Leandro.

Entonces con aconto melancólico se queja de su desventura y recita esta antigua seguidilla:

Fueron mis esperanzas
como el almendro,
florecieron temprano,
cayeron presto.

Y al salir á la calle choca por lo descompuesto de su trago, por la palidez del rostro y por lo desigual de sus movimientos.

Quando veais á un prójimo con estas señas, podeis asegurar que le han dado *calabazas decorosas*.

Las *manifestas* son aquellas cuyos términos, claros y precisos, no dejan lugar á la á la duda. Esta es su fórmula.

De interpelacion.—Señorita: á pesar de la riqueza de nuestro idioma, no encuentro frases á propósito para espresar á usted toda la intensidad de mi pasión. La amo á usted *como un bruto*, y estoy decidido á trocar mi libertad por sus enviables grillos. ¡Oh! proporcióneme usted una ocasion de arrojarle á sus piés, y será el colmo de mi ventura. Vuestro desgraciado amante.

RODOLFO.

Respuesta.—Caballero: He leído vuestra necia epistola, y no me sorprende el que me ameis *como un bruto*, porque precisamente debe serlo el hombre que como us-

ted no comprende mis desaires. No es necesario que haga usted el sacrificio de su libertad para la adquisicion de mis envidiables grillos, porque sin él, tengo la honra de enviárselos con el dador mi criado en sus respectivas jaulas, y por cierto que los estimaba mucho. No proporciono á usted la ocasion de arrojarse á mis piés, porque un bruto no podría menos de morderlos ó arañarlos. Procure usted no ser tan estólido, y concluya de mortificar á su afectísima....

ESTRELLA.

Excusamos decir á nuestros lectores lo que hará el desdichado á quien se dedican tan enamoradas indirectas....

Las calabazas rebozadas es un plato mas delicado que el anterior y de mejor gusto: generalmente son una especie de deshauicios, patrimonio de las mujeres de talento, quienes logran dar dimisorias de una manera digna y generosa, acariciando tiernísimamente á sus víctimas. Esta es su fórmula.

Amigo mio: apenas acierto á manifestar á usted todo el esceso de mi gratitud, por los nobles sentimientos que ha tenido la fortuna de inspirarle, y que proceden del mas noble de los corazones. Estoy llena de orgullo con semejante conquista, y crea usted que si hubiera pensado en unir mi suerte á un compañero digno é ilustrado, no seria dudosa la eleccion de su reconocida amiga.

CAROLINA.

Mas suavidad en la repulsa, menos crueldad en el sacrificio y concepcion de una esperanza que jamás ha de realizarse. Resulta el mismo.

Las calabazas en compota son el non plus ultra de las calabazas.

Con referir á nuestros lectores lo que ha sucedido y continúa sucediendo á un amigo nuestro, jóven de posicion, de familia ilustre y arrogante figura, pero de una alma demasiado buena para los tiempos que corremos, tendrán una idea cabal de lo que son las calabazas en compota. ¡Libera nos á malo!

Nuestro amigo se enamoró bestialmente de la señorita P... linda é interesante, entre paréntesis: ella acogió desdeñosamente sus obsequios y jamás alentó sus esperanzas. Cincuenta y cuatro epístolas que hizo llegar á sus

manos el jóven, todas cortadas por un patron, no obtuvieron el honor de ser contestadas; pero él, que se alimenta con unas ilusiones muy peregrinas, lo atribuyó siempre á falta de libertad, tiranía de la mamá-suegra ó torpeza de los criados.

Suplicó nuestro amigo á varias personas de respeto que frecuentaban la casa de su adorada, á fin de que intercedieran con los implacables papas, quienes, así como la hija, se mostraron indiferentes á sus pretensiones. Pero él jura, por la cruz que ostenta en el ojal del frac, que la señorita P... ha de llevar su apellido y que no descansará hasta conseguirlo. Esto cuando mas significará que está dispuesto á ensayar la solucion del problema del movimiento continuo. En el Prado, en el Botánico, en Atocha, en la Fuente Castellana, en Chamberí y en la Virgen del Puerto, la ha seguido nuestro pobre jóven, y cuando se acercaba á pedir compasion á su ingrata beldad, heria sus oidos un seco. «Dejadme en paz.»

Mas de una vez ha pedido nuestros humildes consejos y los del resto de sus amigos. ¡Ojalá hubiese atendido los unos y los otros!

Hoy no estrañamos que sea la pesadilla constante de la hija y de los papás, porque ha sido tanto lo que les ha mortificado por mucho tiempo, tantas las influencias que puso en juego y las que prepara, segun últimamente hemos sabido, que es creible sueño toda la familia de la novia con su sombra incómoda y aterradora.

¡Bonito modo de conquistar corazones! ¡Qué significará para este mozo la dignidad de hombre!

Tal es, en fin, la pavora que se ha apoderado de la señorita P.... y de sus deudos, que en consejo de familia han resuelto, unánimemente, el que aquella contraiga su matrimonio con otro aspirante mas afortunado, puesto que merece las simpatías de la una y los otros. Este piensa mandar á nuestro amigo la targeta de anuncio de boda, con mas media docena de cajas de dulces primorosamente adornadas.

¡Ejemplo histórico de las calabazas en compota!

Apostamos un magnifico puro de los de la vuelta de abajo, á que mas de cinco de nuestras lectoras, pues no siempre han de

ser cuatro, dicen para sus adentros: ¿Cuántas habrá llevado el autor de este artículo? Y yo que me perezco por satisfacer la curiosidad del bello sexo, voy á enumerárselas en globo, porque una á una ocuparían doce números de *La Opinión Pública*.

Cuentan que, hallándose enfermo el emperador Maximiliano, mandó venir multitud de médicos, no con el fin de seguir el régimen que le prescribieran, sino para divertirse con ellos. Luego que los vió juntos, preguntó á cada uno en particular «¿cuantos?» Admiróles sobremanera la pregunta, sin saber lo que significaba; cuando uno de ellos, imaginando que habria querido darles á entender con aquella sola palabra, cuantos eran los que habian matado, se cojió la barba con la mano y le respondió «tantos» como si dijese que habia mandado á la sepultura otros tantos enfermos, cuantos pelos tenia en su barba.

Por si alguna de nuestras lectoras pregunta, como el emperador, «cuantas» aludiendo al número de calabazas que habremos recibido, protestamos permanecer por algunos días con la mano en la barba, y cuenta que la tenemos pobladita.

JULIAN SANTIN DE QUEVEDO.

Aventura.

Leemos en *La España*, periódico de Madrid:

«Como en este invierno no hay reuniones chicas ni grandes, ni bailes grandes ni pequeños, las pocas cosas que suceden acontecen en los teatros, muchos en número, con gran perjuicio de la mayor parte de sus respectivos empresarios. Aconteció, pues, antes de anoche que ocupaban dos delanteros del paraiso dos individuos de distintos sexos. La señora estaba á la derecha, y á la derecha de la señora un asiento vacío. El públi-

co de los paraisos suele acudir á ellos temprano, las funciones suelen empezarse media hora despues de lo ofrecido. Para entretener este tiempo, los dos vecinos empezaron una plática, que de indiferente pasó á entretenedora é interesante. El individuo regaló galantes piropos á la individua, que le parecia muy graciosa: la individua se fué humanizando poco á poco, porque no le pareció mal el individuo. En lo mas tierno de la conversacion se presentó un tercero en discordia que, dirigiéndose al individuo, le dijo:

—Tenga usted la bondad de cedermelo ese asiento, porque sin duda se ha sentado en él por equivocacion, pues yo traigo su número.

—Si á usted le fuera indiferente sentarse en el de la derecha de esta señora, que es el mio, se lo agradecería en el alma, repuso el interpelado.

—Siento mucho no poder complacer á usted, pues estoy esperando á mi familia, que tiene tomados los asientos inmediatos, y necesito estar junto á ella.

—Me haria usted un favor tan grande dejándome aquí.....

—Me es imposible.

—Me asesina usted, caballero.

El individuo se levantó y pasó á ocupar el otro asiento: la individua que, durante el anterior diálogo habia manifestado la mayor inquietud, se puso encendida como la grana y procuró cubrirse con la mantilla la mayor parte de la cara.

Como si con el cambio de sitio hubieran perdido el uso de la palabra, los amartelados vecinos guardaron silencio largo rato, y por un movimiento simultáneo y gradual se fueron volviendo el uno hácia el otro como si desearan verse de frente. Al encontrarse en esta posicion, lanzaron los dos un agudo

grito y se cubrieron los rostros con las manos: este grito y este movimiento quedarán esplicados con una breve reseña histórica. La señora perdió el ojo derecho de viruelas, y el caballero el ojo izquierdo de una podrada. En la primera posición se veían por el lado bueno; en la segunda no se veían; en la tercera vieron con la parte buena la mala y á un tiempo exclamaron:—¡Es tuerta!—¡Es tuerto!

Kossuth y el bello séxo de Nueva-York.

Un número considerable de señoras y señoritas de Nueva-York tomó como por asalto, uno de estos días, el salón de recibo del húngaro Kossuth en la posada de Irving House, y desalojó solo con su presencia á los individuos de las comisiones que allí se hallaban felicitándolo. Parece que aquella irrupción de mugeres simpáticas, rodeó y se enseñoreó de tal modo del *huésped de la nación*, que quedó al punto interrumpida toda comunicación entre este y los individuos de la comisión que lo felicitaba. Pero aun hubo mas: unas le daban sendos apretones de mano, otras le felicitaban, otras se quedaban como estasiadas mirándole, y todas en fin se hallaban como en su centro. Una de ellas llamó de tal modo la atención de los presentes, por lo mucho que se agarraba del ex-gobernador húngaro, que no faltó quien sospechase de sus intenciones..... Al fin le dijo algunas palabras al oído, que primero lo hicieron reír, luego mover la cabeza, y por último decir á media voz: No, no. Un caballero que se hallaba próximo al grupo, nos ha informado de que la tal ciudadana solo quería..... darle un be-

so húngaro. Esta ocurrencia produjo no poca hilaridad en el salón y sugirió á un coronel húngaro que se hallaba presente la idea de brindarse á recibir los besos de las señoras, en nombre de Kossuth, si dichas señoras lo llevaban á bien. Tambien se observó, que una linda é interesante jóven se había situado en la puerta de la habitación particular de Kossuth y que permaneció allí hasta que halló una oportunidad de hablarle. Cuando el obsequiado se retiraba á su cuarto, le detuvo, le dijo algunas palabras y entró con él. No fueron pocas las conjeturas que se aventuraron entonces, hasta que poco despues se supo que la visita de la simpaticadora no tenia mas objeto, que suplicar á Kossuth que le permitiese dedicarle una obra que está escribiendo.

Teatro Principal.

Poner en escena en una sola semana dos óperas nuevas es cosa que no se ve muy a menudo en ningún teatro, y sin embargo la empresa del Principal ha hecho ejecutar en el término de ocho días *Los monederos falsos* y *Los Mártires*, mostrando en esto su gran deseo de complacer al público, aun cuando esponga algo la reputación del artista, que apenas tiene tiempo para ensayar bien la partitura. Y así ha sucedido con la primera de estas dos óperas, que apenas ha tenido tres ensayos, resultando por consiguiente endeble la ejecución en general, si bien no por parte de la señora Bianelli ni del señor Ley, que además de caracterizar perfectamente sus papeles, cantaron con gusto y expresión las dos primeras partes que le

estaban confiadas. No fué del agrado del público esta ópera, y de ello dió algunas señales á la conclusion. La música podrá tener gran mérito para los profesores, pero para nos los profanos tiene algo de vulgar, ó como si dijésemos, de casero; se nos figuraba oír una de esas zarzuelas escritas para ser cantadas por cómicos, y destinadas á cierta clase de público. Esto no quiere decir que carezca completamente de algunas piezas de gusto: la final del primer acto, y el duo de la tiple y de bufo del tercero son muy lindos y de muy buen efecto; pero todo el segundo acto y una gran parte del tercero son narcóticos, hasta el extremo de notarse á cada momento en el público marcadas señales de fastidio y aburrimiento. Y para mayor disgusto del público ocurrió en la misma escena, el último domingo, la desgracia de perder un dedo, al disparar un pistoletazo, el apreciado cantante señor Ley, precisamente el que mejor habia descompeñado su parte. Sirvale de consuelo á este laborioso artista que todos los gaditanos se han tomado por su estado de salud un vivo interés, y que todos desean volverlo á ver en la escena, donde como bufo ha recogido y recogerá todavia no pocos laureles.

Antes de hablar de *Los Mártires* y de su ejecucion, razon es que digamos que el público que solia mostrarse algo frio con el señor Prattico, baritono sobresaliente, le hizo el martes último justicia en el *Macbet*, colmándole de aplausos y llamándolo á la escena en el magnífico ária del tercer acto, que cantó con gran energía y espresion, haciendo lucir su hermosa y pastosa voz, que nos recuerda á cada momento la del célebre señor Spech.

General era el deseo de oír en Cádiz

Los Mártires, una de las últimas y mas famosas partituras del inmortal Donizetti. En todos los teatros de las capitales de Europa se ha repetido esta hasta la saciedad: tal y tan grande ha sido el gusto con que era escuchada por los amantes del divino arte. Era, pues, natural que en una ciudad tan culta como Cádiz y cuyo buen gusto y afición á la música son bien conocidos, fuese recibida esta partitura con entusiasmo, tanto mas cuanto que estaba cantada por las mejores partes de la compañía, y que la empresa nada ha omitido para ponerla en escena con todo el lujo que requiere la ópera.

Y con efecto, jamás en Cádiz ha estado tan bien servida la escena como en la representacion de la *Los Mártires*. Estrenáronse siete hermosas decoraciones, que no tienen mas defecto sino el de ser algo grandes para este teatro; los comparsas estaban bien vestidos á la romana; en suma, todo el servicio estaba como no se esperaba, atendiendo los grandes gastos que derogan á la empresa de un teatro que no puede dejar grandes utilidades.

De la música es imposible hablar por el efecto que una sola representacion puede haber producido. Una ópera profunda, en la que no hay plagios en las canturias, debe ser escuchada muchas veces para que se pegue, por decirlo así, al oído, y se pueda de ella gozar. Sin embargo, es tal el mérito de *Los Mártires* que desde el primer dia han agradao multitud de piezas, especialmente el final del segundo acto, y el magnífico duo de tenor y tiple del cuarto, en el que se lucieron admirablemente así la señora Fodor como el señor Alzamora que alcanzaron numerosos aplausos, y el honor de ser llamados á la escena, donde de nuevo fueron sa-

indados con bravos y palmadas. Feliz estuvo tambien el señor Prático en el desompeño de su parte. No trabajó tan bien el señor Sauer; lástima que no module mas su robusta voz á fin de quitarlo algo de su aspereza. Estamos persuadidos que así que se oiga unas cuantas veces esta ópera, ha de ser la que haga el gasto de la temporada, es decir la que mas se repita y siempre con fruto de la empresa; pues de creer es que con el buen éxito alcanzado se aumente la concurrencia, y acudan para oirla muchas personas de las que no frecuantan el teatro, y que solo concurren en los casos estraordinarios.

Teatro del Circo.

Este coliseo continúa tan animado como siempre, siendo el teatro de la zarzuela, pues en ninguno se ponen tantas en escena como en él. Con la práctica van adelantando los actores hasta el punto de podérseles oír sin desagrado, cosa que sucedia al principio, como era natural en quienes no habian hecho estudio de la música, arte muy diferente del que ellos profesaban. En el dia el señor Caballero, y sobre todo las dos Rodriguez, cantan como pudieran hacerlo personas que conocieran la música. Del señor Santes no hay que hablar, porque poseo el arte, y siempre ha cantado con gusto; pero de los demás es admirable lo pronto que se han puesto en disposicion de cantar bastante bien cualquier zarzuela; así es que en la *Marquesa del Pegote* agradaron los actores, aun cuando la música no era de lo mejor del señor Llorens.

La Camelia.

LAURA.

Guardo yo para tí bajo azucenas
 Yedra y claveles rojos,
 Una Camelia que mis hondas penas
 Regado han con llanto de mis ojos.
 Imágen de tu cándida inocencia,
 Blanca mas que el armiño,
 La defiende del sol y la inclemencia
 El solícito afán de mi cariño.
 Que es esa flor mi gloria y mi recreo,
 Pues en mi desvarío
 Sueño, mi bien, que entre sus hojas veo
 Cierta imágen que adora el pecho mio.
 Y por eso la guardo; sí, por eso
 Celos tengo del aura
 Cuando la arrulla con lascivo beso,
 Y celos..... de mis celos, bella Láura.
 ¿Qué será que una oculta simpatía
 La liga á tu existencia?.....
 ¿Será tal vez que la esperanza mia
 Leo en la flor de tus lábios la sentencia?
 Flor ó muger! misterio soberano
 Que la creacion encierra:
 Símbolo entrambas del inmenso arcano
 Que se ha llamado *amor* sobre la tierra.
 Sí, la muger es *flor* que en el camino
 De la infelice vida
 El cáliz abre de su *amor* divino
 Aroma celestial que á amar convida.
 Y la flor es la *virgen* que constante
 Ofrece sus amores
 Al casto beso con que el aura amante
 De amor inflama las galanas flores.
 Flor y muger! entrambas rica historia
 De otra vida guardais,
 Y de su eterna dicha en la memoria,
 Una cuerda dulcísima vibrais!
 Cuando la brisa del otoño frio
 A tus ventanas lleve
 El lamento postrer del pecho mio,
 Su corola abrirá color de nieve.
 Prendida entonces en tu frente pura
 Sean, niña, sus colores
 Emblema para tí de mi ternura,
 Símbolo para mí de tus amores.
 Emblema fiel; pues si de mí alejarte

Hoy el destino quiere
Sabe que hasta morir ha de adorarte
El hombre que de amor por ti se muere.
Pobre Camelia!..... de mi amargo llanto
Has de llevar la huella.....
Vé, empero, pues si siente mi quebranto
Por eso habrás de parecerle bella.

Vé, y ostenta orgullosa tus colores
Tu brillo trasparente:
¿Quién, que no fueras tú, flor de mis flores
Besar pudiera su virgínea frente?
Mézcate el aura entre sus blandos risos
Y aspira su ambrosia;
No tiene, flor, la noche mas hechizos,
Mas perfume el jazmin, mas gala el día.
Láura, si al suelo despreciada arrojas
La Camelia marchita,
Busca, mi bien, entre sus blancas hojas
Cierta historia de amor con llanto escrita.
Dice de ella un renglon; aunque alejarte
De mi el destino quiere,
Sabe que hasta morir ha de adorarte
El hombre que de amor por ti se muere.

Agosto 1851.

M. G.

Miscelánea.

AMOR FUERTE.—*La Esperanza*, periódico de Madrid, refiere un suceso que prueba lo espuesta que se halla en esta tierra de Otolos blancos la seguridad individual del bello séxo. Esto era lo que faltaba al séxo barbudo para complemento de su dicha. Oigamos á *La Esperanza*:

«En casa de un elevado personaje que vive en la calle de Santa Isabel, estuvo á punto de consumarse el martes último un crimen semejante al que cometió hace poco tiempo en San-Sebastian el teniente de ingenieros don Antonio Vita. Segun la relacion que se nos ha hecho, una jóven huertana que en

compañía de unos parientes tiene allí habitacion, desechó, hace algun tiempo por no convenirle, la proposicion de casamiento que le habia hecho su amante. Este continuó sus visitas diariamente á pesar de la negativa, sin haber encontrado ocasion oportuna para saciar su venganza y sin que nadie pudiera sospechar el atroz proyecto que concibiera; pero habiendo llegado una noche cuando la jóven se encontraba sola acompañada de su hermana y otra señora, la preguntó de nuevo si le queria, y como la respuesta fuera contraria á sus deseos, sacó una pistola y se la disparó á la cabeza.

Por fortuna la jóven hizo entonces un movimiento rápido, y pudo evitar su muerte, si bien recibiendo una herida en la cara, además del susto que este incidente causó, tanto á la interesada como á las demás señoras que se hallaban en las piezas interiores. El asesino huyó en el acto, y no pudo ser detenido; pero la policia, que acudió al poco rato, tomó las declaraciones correspondientes para averiguar su paradero.

Si el gobierno no trata de reprimir con mano fuerte estos atentados que, por desgracia vemos se generalizan y repiten con demasiada frecuencia, llegarán á hacerse una costumbre y desaparecerá enteramente hasta la seguridad individual que siempre ha ofrecido el hogar doméstico.»

CADIZ: 1852.

IMPRESA DE D. FRANCISCO PANTOJA,
calle del Laurel, n.º 129.